



Latidos

Miguel Mota

PREMIO
FRAY LUIS DE LEÓN
DE TEATRO



Latidos

Miguel Mota



Premio Fray Luis de León (Teatro)

El texto busca una conexión con nosotros mismos a través de una historia perturbadora, coherente y hermosa que traspasa nuestros límites y nos cuestiona como individuos y como sociedad.

La obra, en palabras del jurado, “recoge, en su exacto punto de literatura y teatralidad, latidos de vida, de deseo, de dificultad, de mundos prohibidos, de relaciones familiares complejas entre padres e hijos, del sentido de la vida y de la muerte y, sobre todo, de las viejas verdades del corazón: el amor y la piedad”.

The image features several thin black lines and four small black dots scattered across the white background. The lines are mostly straight and intersect at various points, creating a sparse, geometric pattern. The dots are placed at some of these intersection points and at other locations, possibly representing vertices or specific points of interest in a larger, partially visible diagram.

***A mi padre,
quien me inspiró este libro sin yo saberlo.***

Latidos

Personajes

HOMBRE, de unos 50 años.

CHICO, de unos 25 años.

Parque.

Encuentro.

Constelaciones.

Noche.

Vida.

Luz.

Sueño.

Hijo.

Regreso.

Oscuro.

Padre.

Pálpitos.

Sugiero que el paso de los días se realice
con pequeños cambios de luz y/o vestuario.

El signo / significa que la siguiente réplica monta a la anterior.

Miguel Mota //

ESCENA I Parque

Parque nocturno a las afueras de una ciudad de provincias. Un banco. Una papelería rebosante. Dos farolas. Luz intermitente. Sonido de autopista. Por el suelo de tierra, ramas, pañuelos, colillas, condones y flores. Hombres solos. Hombres que se usan. Sobre ellos el firmamento.

El CHICO llega pero se queda apartado. Observa. Quiere irse pero espera. Tras varios intentos de sexo frustrado llega el HOMBRE.

HOMBRE.— ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡Somos todos unos hijos de puta!
El HOMBRE se queda mirando fijamente al CHICO. Fuma. El CHICO le mira evitando su mirada. El HOMBRE va hacia él.

HOMBRE.— ¿Miras los coches? A veces yo también los miro desde ahí. Son como cucarachas con ruedas. Todos sin salirse del carril. *(Silencio)*. ¿Cuántos años tienes? *(Silencio)*. ¿Vives solo? *(Silencio)*. ¿Te vas a quedar? *(Silencio)*.

El CHICO va a salir.

¿Qué hay que hacer? *(Silencio)*. ¿Qué hay que hacer para hablar contigo?

El CHICO se detiene.

Te llevo viendo varios días. Solo. Sin hablar con nadie. Te he visto por las escaleras. Acercarte a la fuente. Pero nunca te he visto ir detrás de los arbustos. Parecías perdido. Como si no supieras donde estás. Pero no es así. Lo sabes muy bien. Solo tanteas el terreno. Eso es lo que hacéis los nuevos antes de integraros. Lo he visto otras veces. Observas y eliges. Sabes que todos te miran. Tomas tu tiempo y eliges. Para eso mandas. Nadie elige al nuevo. Es él quien lo hace. ¿Aún no has elegido? ¿Es eso?

El HOMBRE le toca. El CHICO quiere reanudar su marcha.

¡Espera! Desde el primer día, no puedo dejar de mirarte. No sé porqué. Ni siquiera eres mi tipo. Pero no dejo de mirarte. ¿Qué hay que hacer para hablar contigo?

El CHICO inmóvil.

No es necesario que hablemos. Todos venimos a lo mismo.

El HOMBRE tira el cigarro y se acerca al CHICO. El Chico se aparta.

Miguel Mota //

CHICO.— Me calma. Desde pequeño siempre me ha calmado mirar los coches. Subía a la zona más alta desde la que no me pudieran ver y me pasaba las horas viendo los regueros de luces. Me imaginaba quien iba dentro. Familias, parejas, amigos, gente sola... A dónde iban. Si salían del trabajo. Si estaban de viaje. Si regresaban a casa. Si estaban enfermos. Si estaban cansados o felices. Si cantaban o callaban... Cualquiera de esas vidas era mejor que la mía porque la mía estaba suspendida.

Silencio.

HOMBRE.— Si me tocases descansaría.

El CHICO duda, pero accede. Va hacia él y le acaricia la cara. Al tocarse se produce un escalofrío mutuo que hace que ambos se aparten. Silencio.

HOMBRE.— Deseo tocarte.

El CHICO reanuda la salida pero justo antes de salir se detiene.

CHICO.— Ven. Tócame.

El HOMBRE empieza a tocar el cuerpo inerte del CHICO hasta quedar exhausto y rechazar su cuerpo. El HOMBRE se aparta. El CHICO cae. Tras un instante, se levanta de nuevo.

CHICO.— Ven. Tócame.

Silencio. El HOMBRE duda pero vuelve al cuerpo. El CHICO corrige al HOMBRE indicando las partes de su cuerpo que puede tocar hasta que la figura de ambos se convierte en un abrazo. Gradualmente el CHICO abraza más y más fuerte el cuerpo del HOMBRE.

CHICO.— Tu podrías cuidarme.

HOMBRE.— *(Apartándole).* Sólo me importo yo.

CHICO.— Pero amas.

HOMBRE.— ¿Qué buscas? ¿Qué quieres?

CHICO.— Volver a nacer.

HOMBRE.— Nadie puede volver a nacer.

CHICO.— No lo comprendes. No puedo. No... No me toques.

HOMBRE.— Volverás. Siempre se vuelve al parque.

El CHICO sale corriendo. El HOMBRE permanece. Entra en los setos. Oscuro.

ESCENA II
Encuentro

El HOMBRE está sentado. El CHICO llega pero se queda apartado. El HOMBRE lo ve. Se ven pero ninguno habla. Esperan. El HOMBRE se decide.

HOMBRE.— Ven. No tengas miedo chaval.

CHICO.— No me llame chaval.

HOMBRE.— ¿Qué?

CHICO.— Siempre he odiado esa palabra.

HOMBRE.— ¿Y cómo te llamo?

CHICO.— Como quiera pero chaval no.

HOMBRE.— Hacemos un trato. Tú no me tratas de usted y yo no te llamo chaval.

CHICO.— Me parece.

HOMBRE.— Te llamaré Chico. Prefiero llamarte Chico a llamarte con cualquier nombre. Aquí nadie se llama como dice. El nombre es algo importante, casi íntimo. Chico es más auténtico. *(Pausa)* A no ser que quieras decirme tu verdadero nombre.

CHICO.— Chico está bien.

HOMBRE.— Yo me llamo/

CHICO.— No quiero saber como te llamas.

HOMBRE.— Está bien.

Silencio. El HOMBRE se va acercando hasta donde está el CHICO.

HOMBRE.— Eres tímido, ¿eh? Las personas no son lo tuyo. Como si vinieras de un lugar deshabitado. ¿Vienes de la luna?

CHICO.— No tienes ni idea.

HOMBRE.— Dime de dónde vienes.

CHICO.— No. *(Pausa)* Eso es más íntimo que el nombre.

HOMBRE.— Un lugar puede decir. Tienes razón.

Silencio.

CHICO.— Llevo poco en la ciudad.

HOMBRE.— Eso está mejor.

CHICO.— ¿Cuántos años tienes?

HOMBRE.— Esto no funciona así, Chico. No. La confianza hay que ganársela.

Miguel Mota //

CHICO.— Perdón.

HOMBRE.— No me pidas perdón. Prefiero no tener edad a inventarme una.

CHICO.— Entiendo.

Silencio.

HOMBRE.— ¿Ya has elegido?

CHICO.— No he venido a eso.

HOMBRE.— ¿A qué has venido? ¿A ver las estrellas?

CHICO.— Las estrellas... no. Solo quería escapar.

HOMBRE.— Todos nos escapamos aquí.

CHICO.— ¿De qué escapas tú?

HOMBRE.— De todo un poco: de mi casa, de mi vida, de mi trabajo... de mí.

CHICO.— A veces pasa. Tener que escapar.

HOMBRE.— Parece que sabes de lo que hablas.

CHICO.— Yo escapé viniendo aquí. A la ciudad. Nadie quería que viniese. Pocas personas saben que estoy aquí.

HOMBRE.— *(El CHICO mira a los alrededores).* Yo siempre pongo excusas para poder venir, una reunión que se alarga, una cena con compañeros, trabajo, compromisos... *(Pausa).* Cada vez me preocupó menos en disimular. Tranquilo, ésta zona es segura.

CHICO.— No tengo miedo.

HOMBRE.— Las primeras veces que uno viene siempre tiene miedo por lo que se pueda encontrar, por si le ven, por si te encuentras con alguien conocido, pero enseguida uno se acostumbra y lo que era novedad pasa a ser rutina. A ti también te pasará. Serás rutina. Carne vieja. Nadie quiere una polla vieja pudiendo tener una nueva. Es como la vida misma. Usar y tirar. Claro que tiene el encanto de lo clandestino, pero hasta eso, puede ser tremendamente aburrido. Lo único bueno que aquí no tenemos que disimular.

CHICO.— ¿Disimular?

HOMBRE.— Sí, ya me entiendes. Ser otro. Fingir que no vienes aquí, que no sabes de la existencia de éste parque. Ocultar. Al fin y al cabo fingir es ocultar. En una ciudad como esta todos lo ocultan. En aquella parte se escandalizan. En esta somos nosotros mismos.

CHICO.— ¿Hace mucho que vienes al parque?

HOMBRE.— Años. Aunque no siempre. Cuando puedo.

Miguel Mota //

CHICO.— ¿Sabes? Hay más vida que éste parque.

HOMBRE.— En esta ciudad no. No para gente como yo. Es esto o nada.

CHICO.— Tu sabrás.

HOMBRE.— No sé de dónde vienes pero aquí las cosas no funcionan igual. Aquí hay normas. Es mejor cumplirlas si quieres vivir tranquilo. Fuera de estas vallas ninguno se conoce aunque nos hayamos comido la polla la noche antes. Fuera de este parque no existimos. Es mejor así.

Es cruel pero es así. Aquí todos lo somos. Tu lo eres conmigo y yo lo soy contigo. Todos pisamos al que podemos.

CHICO.— Aunque sea cruel hay esperanza.

HOMBRE.— ¿Es tu primera vez en un parque?

El CHICO asiente.

HOMBRE.— No te puedo creer.

CHICO.— Vine por curiosidad. Antes no tenía una razón por la que venir.

HOMBRE.— ¿Ahora sí?

CHICO.— No conozco a mucha gente.

HOMBRE.— Ahora ya me conoces a mí.

CHICO.— Sí.

HOMBRE.— ¿Quieres que vayamos a los arbustos?

CHICO.— Se me ha hecho tarde.

HOMBRE.— Como quieras.

El CHICO anda el camino a la salida.

HOMBRE.— ¿Puedo insistir?

El CHICO se detiene.

CHICO.— Nos veremos otro día.

El CHICO sale. El HOMBRE se queda con la mirada perdida en la estela del paso del CHICO. Oscuro.

ESCENA III

Constelaciones

Días más tarde. De noche. El HOMBRE sentado en el banco. El CHICO llega.

HOMBRE.— Ya te lo dije. Todos volvemos al parque. En esta ciudad, antes o después, todos volvemos. Antes o después. Aunque reneguemos de él. Volvemos. Sabía que volverías. Intuición. Eso se nota en la mirada. No sé por qué. Aunque casi me haces dudar. Pero no. Sabía que tú volverías. Volverías y me encontrarías aquí. En el mismo sitio. Donde lo dejamos. Con las mismas flores. La misma suciedad. La misma mierda. La misma luna. A la misma hora.

CHICO.— No es la misma. La luna.

Pausa.

CHICO.— El otro día menguaba. Hoy está creciente.

HOMBRE.— ¿Cómo lo sabes?.

CHICO.— Porque miente.

HOMBRE.— ¿Quieres sentarte?

El CHICO se sienta dejando una distancia prudencial.

HOMBRE.— Acércate.

CHICO.— Estoy bien aquí.

Silencio.

HOMBRE.— Así que te gusta la luna. A mí también. Cuando la veo quiere decir que es nuestra hora, la hora oscura. Por eso me gusta. Pero no llena. Demasiada luz. Hace que haya menos donde elegir. Ya sabes (*señalando con la mirada los setos*). No quieren ser vistos. (*Pausa*). Correrse sin ser vistos...

CHICO.— A mi me gusta porque nos miente. Es su juego.

HOMBRE.— ¿El tuyo también?

Silencio.

HOMBRE.— Tranquilo, solo bromeaba. ¿Te apetece un cigarro?

CHICO.— No debo.

El HOMBRE saca un cigarro y lo enciende..

CHICO.— Creo que nos miran.

Miguel Mota //

HOMBRE.— Aquí solo importamos tú y yo.

Silencio.

CHICO.— Bueno sí, dame el cigarro.

El HOMBRE le ofrece la cajetilla y él coge un cigarro. El CHICO se lo pone en la boca y el HOMBRE se lo enciende aproximándose en exceso. Tras el cruce de miradas, el CHICO recupera su espacio. Silencio.

CHICO.— *(Mirando al cielo)* Qué bonitas. Hacía mucho tiempo que no me fijaba en lo bonitas que son. Las estrellas. De crío me pasaba horas mirándolas todos los veranos en casa de mis abuelos. Ellos salían al patio a tomar el fresco y yo me tumbaba en el suelo, a su lado. En el silencio de la noche jugaba a reconocer constelaciones. Era como uno de esos pasatiempos de unir puntos y al final te sale el dibujo; eso hacía yo pero con las estrellas. Mi abuela decía que también las veía. Creo que sólo lo decía para que me sintiera bien. Así, cada día cambiaban. La Estrella Polar, la Osa Mayor, Piscis, la Cometa, la Pajarita, los Bigotes de Misu, el Coche de mi padre, la Iglesia del pueblo... Cada día había nuevas. Hacía tiempo que no las veía tan bien. Somos partes insignificantes y, al igual que las constelaciones, estamos todos conectados. Aunque no sepamos cómo ni para qué. *(Silencio)*. Uno se puede perder ahí.

HOMBRE.— ¿Por eso estamos los dos aquí, ahora?

CHICO.— Seguramente.

HOMBRE.— ¿Y cuál crees tú que es la razón?

CHICO.— No lo sé.

Pausa.

CHICO.— ¿No te gustan las estrellas?

HOMBRE.— Prefiero mirarte a ti.

CHICO.— Prefiero que no me mires. Así no.

HOMBRE.— ¿Este juego va a durar mucho?

CHICO.— Si quieres me voy

HOMBRE.— Tomas tu tiempo y eliges. Para eso mandas. Nadie elige al nuevo.

El CHICO se levanta con intención de irse.

HOMBRE.— Invéntate una constelación ahora, para mí.

CHICO.— ¿Ahora?

HOMBRE.— Sí, para nosotros.

CHICO.— Ahí, ves la estrella que está algo separada de las otras tres, esa es el pico. De ahí haces un triángulo con aquella pequeña, y la que brilla mucho. ¿Lo ves? Luego imagina una línea recta hasta aquella, donde hay dos muy juntas. Esa línea tiene que llegar hasta un palmo de la luna. Luego tienes que imaginar otra línea debajo, ésta está un poco torcida. Si unes todos los puntos sale un barco, un barco de papel. ¿Lo ves?

El HOMBRE busca formas en el cielo mientras el CHICO observa al HOMBRE.

CHICO.— ¿Crees en Dios?

HOMBRE.— ¿Por qué me preguntas eso?

CHICO.— Por el crucifijo.

HOMBRE.— *(Dejando de buscar se lo guarda rápidamente en el interior de la camisa)* Es sólo un recuerdo, un regalo. *(Pausa)* Antes sí. Ya no. ¿Tú sí?

CHICO.— Antes no. Ahora no lo sé. Creo que sí. No sé si llamarlo Dios. *(Pausa)* Creo en las estrellas.

HOMBRE.— Me sorprende que un chico de tu edad crea en esas cosas. A tu edad no se piensa en esas cosas.

CHICO.— A mi edad se puede haber vivido mucho.

HOMBRE.— Tienes razón. Pero te voy a ahorrar mucho sufrimiento. Dios no existe. Asímelo y cuanto antes lo hagas, mejor. Dios no existe y si existió nos dejó abandonados hace mucho tiempo. Si no, ¿por qué iba a dejar que viniésemos aquí y ahora?

CHICO.— Es un consuelo. Para mí lo es. Saber que Él está ahí, en las estrellas.

HOMBRE.— No es un consuelo. Es un castigo. Dios nos ha castigado, por eso nos manda fuera de la ciudad. Dios no está en este parque. Por eso podemos hacer lo que queremos, porque si Dios existiese... aquí no miraría jamás. Mira a tu alrededor. No le importamos. Aquí solo estamos tú y yo.

CHICO.— Si Dios no existe, entonces ¿Qué hago yo aquí?

HOMBRE.— No lo sé. Dímelo tú.

CHICO.— Creo que ha sido un error venir.

HOMBRE.— ¿Por qué dices eso?

CHICO.— Es mejor que me vaya.

El CHICO va a hacia la salida.

Miguel Mota //

HOMBRE.— Espera, hombre.

CHICO.— Gracias por el cigarro.

HOMBRE.— ¡Espera! ¿Mañana vendrás?

El CHICO se detiene y se vuelve.

CHICO.— Seguiré las estrellas.

El CHICO sale. Oscuro.

ESCENA VIII

Hijo

[...]

HOMBRE.— La vida es misterio.

CHICO.— No es como parece.

HOMBRE.— Nada lo es.

Largo silencio.

CHICO.— ¿La quieres? *(Pausa)* A tu mujer.

Silencio. El HOMBRE mira al CHICO.

HOMBRE.— Supongo.

CHICO.— ¿Supones? Le dices te quiero.

HOMBRE.— Es una frase hecha. No tiene mayor importancia.

CHICO.— Siempre la tiene. *(Pausa)*. ¿Lo haces para que se sienta mejor?

HOMBRE.— El dolor nos une, supongo.

CHICO.— ¿Eso es para ti el amor?

HOMBRE.— Este parque está lleno de amor. ¿No lo ves? Hombres que buscan alguien que les toque. Para sentir que son amados durante unos minutos. Todos buscan esa mentira compartida. Amor con fecha de caducidad. Algo líquido que se evapora cuando se corren. Al acabar volverán a ser unos desconocidos pero en ese momento se amaron. Han sentido el tacto de otro cuerpo. Su respiración. Su olor. Su peso. Su pulso. Los pañuelos y condones que ves por el suelo son cicatrices de amor. Dónde la gente ve mierda yo veo afecto.

Un acto de fe cuando todo es mentira.

CHICO.— Lo reduces a deseo.

HOMBRE.— Se desea o no.

CHICO.— No es solo eso.

HOMBRE.— Todos aquí queremos sexo.

CHICO.— Te hablo de algo que traspasa el alma. Sale de los ojos. Nos atraviesa y nos rompe. Por eso es verdad. Porque parte de ti pasa al otro.

HOMBRE.— Eres un romántico. Como todos. No eres distinto.

[...]